

## Identidad narrativa

Al respecto dice Harlene Anderson: “el sí mismo que cuenta la historia se forma, informa y reforma a través del proceso de contar la historia. (...) Siempre hemos entendido quiénes somos y qué somos y podríamos ser a partir de las historias que nos contamos.” Y Paul Ricouer sostiene: “el relato es la dimensión lingüística que damos a la dimensión temporal de una vida.”

Es como si la identidad sirviera de ‘soporte’ o ‘anclaje’ de la narrativa, de modo que mientras la identidad tiene permanencia, continuidad y suele ser tremendamente resistente a los cambios, la narrativa en cambio es mucho más flexible, variante, negociable y susceptible a procesos de transformación. Por ello, mientras más rígida o malsana sea una persona, más pobre es su correspondiente narrativa: siempre se cuenta su historia de la misma manera, generalmente victimizada o negativa. Porque, en última instancia, somos seres lingüísticos y modelamos nuestra identidad y el mundo en que vivimos a través del lenguaje, de modo que como individuos somos, ante todo, una construcción lingüística.

Nuestra herramienta para el cambio es, pues, el lenguaje, a través de la escritura autobiográfica, puesto que cada mujer recupera, organiza, re-significa y va escribiendo su propia historia para luego compartirla con su grupo de compañeras del taller, en un círculo de sororidad. Mediante dicho proceso individual y grupal, se aprende a mirar el pasado con otros ojos, de modo que al cambiar la mirada, sea posible transformar el presente y proyectar un mejor futuro.

